

EL BARDÓ.

REVISTA DE LITERATURA, MODAS Y TEATROS.

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes, al precio de 4 rs., tanto en la Capital como fuera de ella.

10 de Diciembre 1859.

Se suscribe en la Administracion, calle de Elvira, núm. 14, donde se dirigirán las reclamaciones.

DIRECTOR PROPIETARIO.

D. Juan A. Gutierrez de Tovar.

Colaboradores.

Sres. Abad, D. Rosendo.
Aguado, D. Pantaleon Martin.
Alvarez, D. Mariano.

Sres. Barthe, D. Luis, Madrid.
Belver, D. Juan, Granada.
Cánovas, D. José Maria.
Sta. Cánovas, Doña Aurora.
Sres. Carbajal, D. Vicente M., Madrid.
Espadas y Cárdenas, D. José.
Estéban de Góngora, D. Mariano.
Espinosa, D. Cristobal.
Fernandez-Delgado, D. Santiago.
Fernandez y Rodriguez, D. Antonio, Madrid.
Sta. Franco, Doña Ana.
Sres. Gomez, D. José Maria.
Gonzalez Garbin, D. Antonio.
Guevara, D. Pedro.
Lopez, D. Joaquin Maria.

Sres. Lopez Vazquez, D. Ricardo.
Lopez Vela, D. Cristobal.
Masa, D. Domingo.
Molina, D. Gaspar.
Muller, D. Victoriano M., Madrid.
P. y Delgado, D. Luis.
Rada y Delgado, D. Juan, Madrid.
Rodriguez y Garcia, D. Francisco, Madrid.
Ros, D. Marcelino.
Rubio, D. Antonio.
Sagredo, D. Ignacio Gil de
Simonet, D. Francisco J., Madrid.
Tamarit Ponce, D. Rafael.
Vidal, D. Cristobal, Madrid.
Srio. de la redaccion, D. Diego Vidal.

SUMARIO.

La Puerta del Sol en Madrid, por D. Antonio Fernandez y Rodriguez.—*Artículo-Introducción*, por D. Victoriano Martinez Muller.—*Emilio (Continuación)*, por D. Diego Vidal.—*A Encarnación*, por Doña Aurora de Cánovas.—*Suspiros de Amor*, por D. Diego Vidal.—*A Encarnación*, por D. Sebastian Lopez y Muñoz.—*A la Señorita Doña N. C.*, por D. Juan A. Gutierrez de Tovar.

LA PUERTA DEL SOL EN MADRID.

Cuando toda España tiene los ojos fijados en las marroquíes costas, cuando hombres y mujeres, y grandes y pequeños, ofrecen gustosos el sacrificio de sus vidas y el menoscabo de sus haciendas por concluir de una vez con la insolencia de esa raza semítica que desde el tiempo de Wamba viene ultrajando las banderas españolas, y á quien no han bastado los continuos descalabros sufridos, ya bajo el reinado de este gran príncipe, ya durante los siete siglos de su dominación (dominación que solo una venganza y un traidor pudo proporcionarles); y por último, el haber sido arrojados allende los mares por revoltosos é insubordinados, parecerá á muchos de mis lectores insípido y hasta inconveniente el descender á una cuestión local, á una cuestión que si bien en otro tiempo fué causa y objeto de trastornos, en el día no ofrece el mas leve interés. Pero ¿cómo ha de ser indiferente para mí que vivo en Madrid, que paso todos los días por la Puerta del Sol, que

veo las infinitas variaciones que sufre tan asendereado, pisado y escarbado sitio, y que recuerdo hubo un tiempo en que me ocupé de sus ruinas, y canté sobre sus derrumbados paredones parodiando estos versos de Rioja:

Este llano fué casa, aquel fué templo,
de todo apenas quedan las señales.

Además que aunque nadie se acuerde de aquellas lujosas tiendas donde las elegantes de la corte depositaban las dádivas de sus amantes y las ganancias de sus esposos; aunque nadie mencione aquel antiguo y célebre café de Correos, centro de tantas reuniones y testigo de tantas escenas, donde casi siempre se unían los acordes del piano á las voces de los concurrentes y al choque de los vasos y botellas; aunque no se perciban los mas lijeros vestigios de aquella famosa tienda-horchatería que tanta sustancia de arroz despachaba en las desastrosas épocas del cólera-morbo á los que temían ser víctimas de la asiática enfermedad; aunque nadie nadie conozca ya al anti-diluviano fabricante de cajas de carton, que ocupaba un anchuroso portal en el punto mas céntrico de Madrid, y que hubiera podido ser el mejor observador de los acontecimientos políticos y militares que á su frente tenían lugar, si como al astrónomo zaragozano le hubiera llevado la afición al estudio de las ciencias; aunque ningún goloso eche de menos la raquítica confitería que en este sitio espendía al público madrileño tantos tocinos del cielo y tantos platos de carne de membrillo; aunque pleiteantes, fumadores y pretendientes no piensen ya en dejar sus monedas en aquel bullicioso estanco, con las que engordaban mas y mas sus cachazudos y rollizos dueños; aunque nadie sea capaz de creer que en la ahora estendida plaza del Sol, ha

existido un callejón del Cofre padron de ignominia de la corte de España, donde innumerables sirenas que tenían sus grutas en la calle de Peregrinos, atraían por su fétido y regado suelo á los lascivos naufragos que arribaban al cofreño escollo; y que en la parte baja de este mismo callejón, formado por elevados y sombríos edificios, existían inmundas tabernas, que daban albergue á los sencillos astores de la fuente de Pontejos siendo su parte alta inmorales receptáculos del vicio, á los que se subía por estrechas y hendiondas escaleras, que ya por cierto no volverán á sentir el crujido de la seda que vestían sus habitadoras, ni el torpe y vacilante paso de las víctimas que las seguían; aunque ningún elegante eche de menos las fábricas de corbatas y las tiendas de sedas que en esta ahora desierta plaza despachaban tantos géneros; aunque se hayan olvidado de aquella antigua y célebre taberna-botillería-bodegón que esquinaba la calle de la Montera y era el constante asilo de los chalanes y revendedores de billetes, y en cuyo mostrador se medía tanto de ese líquido agrio á quien por mal nombre llaman vino, cuya guisandera hacía hervir en su estenso fogón un sinnúmero de cocidos; y cuyo bollero espendía tantas tortas á los niños antojadizos; aunque nadie conserve en la memoria á aquel célebre peluquero que vivía encima, y que podía decirse era el prototipo de los peluqueros madrileños, y el mas económico, puesto que en un reducido salón, cortaba él mas pelo, y rasuraba mas barbas que los mejores, peluqueros del día con sus grandes salones y su lujo-so aparato; yo, mi personalidad, no puede olvidarlo, no puede borrar de su mente la dolorosa impresión que en ella produjo ver caer estrepitosamente y al rudo golpe de la piqueta aquellas sólidas paredes de ladrillo que sustentaban tantos edificios, para tantos seres queridos y de quienes tantos conservaban innumerables recuerdos; yo no puedo desechar de la memoria los techos de aquellas casas que albergaron una de las épocas mas azarosas de mi vida; que en su ahumado café he pasado largos ratos en grata conversacion con mis amigos; que en sus inmundas enervadas he tropezado mil y mil veces con las innumerables bandadas de palomas torcaces que arrullaban todos los alhagos que les sujería su grosera elocuencia por atraerme á sus peligrosos nidos; que la Puerta del Sol, ha sido el centro de todas las asonadas, el punto á donde confluían y se agolpaban como en un estrecho desagüadero, los raudales de vivientes que á todas horas serpean por las calles de Madrid; y mucho menos, que al ver por tierra tantos antiguos edificios, y al hallarme sobre sus carcomidas vigas y rodeado de sus pulverulentos escombros, no pude un día menos de esclamar: ¡Oh vosotros, mostradores célebres que tantas ganancias habeis proporcionado á vuestros poseedores, salid de entre ese montón de ruinas y narrad á la boha muchedumbre que os contempla las trampas, embustes y adulaciones de que se han valido los que detrás de vosotros se situaban, para despachar sus géneros con ventaja! Manifestad en cuantas ocasiones habeis hecho pasar el retenido y trabajado algodón por fina lana y relumbrante seda! Y vosotros, gruesos paredones que serviais de talleres á los sastres, ¡cuantas veces habeis visto á la cortante tijera cercenar los paños, sedas y terciopelos del inofensivo y confiado parroquiano! Y vosotros, parteros tabiques, que ser-

viais de obrador á las lindas modistas, ¡en cuantas ocasiones habeis visto adornar gorros y forrar sombreros, con el remanente de los ampulosísimos vestidos de vuestras elegantes parroquianas! Y vosotros, sucios fragmentos de las casas de huéspedes, triste recurso del hombre que vive aislado; qué multitud de veces no habeis mirado á la rancia y remilgada patrona combinar y escatimar los alimentos de modo que le produzcan mayor utilidad, y no espongan á sus gastrónomos pupilos á un ataque de sintoma apoplético! Y elevando algo mas mis consideraciones, no pude menos de volver á increpar, diciendo: Cuantas decepciones conyugales habeis presenciado! Cuantos besos adúlteros no habeis sorprendido! ¡Cuántos suspiros ardientes no habeis escuchado! Cuántas lágrimas no habeis sentido derramar originadas por afectos y pasiones diametralmente opuestas! Y por último cuantos seres robustos aun habrán exalado sin quererlo, y merced á la poca habilidad de algun Galeno, el último aliento en vuestra compañía, y los habeis visto pasar por medio de una larga y penosa agonía, del ser al no ser, de la vida á la muerte. etc. etc!

Pero no creais, caros lectores, que esto lo pude decir alto; nadie lo oyó si no vosotros que ahora lo veis, tal como yo lo pensé decir, y como aun se conserva en mi imaginacion, ¡porque qué hubiera sido de mí, si tales cosas hubiese proferido! De seguro me hubieran lapidado como á S. Estéban, y permanecería aun bajo las ruinas de la Puerta del Sol, y no vería la estensa plaza que ahora forma, que unas veces quiere ser cuadrilonga y otras arqueadas, sin que en tanto tiempo se decida de una vez la cuestión conforme á la belleza y á la conveniencia pública, que son los extremos que en toda reforma se deben empalmar; ni hubiera podido, como lo hago ahora, despedirme de vosotros hasta que otra vez me ocupe de otro asunto, así como hoy lo he hecho de la Puerta del Sol.

Madrid Noviembre de 1839.

Antonio Fernandez y Rodriguez.

ARTICULO-INTRODUCCION.

Con harta desconfianza intentamos hacer la introduccion de nuestro periódico, convencidos como estamos de que en todas las cosas de este mundo, lo mas terrible es el principio; salvo en la comida, donde siempre sabe á gloria, y en el matrimonio, donde por ser tan dulce y sabroso se le ha designado con el poético título de la luna de miel. Algunas otras salvedades era preciso que hiciéramos, pero no estamos ahora para gastar pólvora en salvas; la necesitamos para pelear contra los Rusos.

Bástenos decir que nada tememos tanto como principiar cualquier cosa, y mucho mas cuando esta cosa es un periódico, un poema ó una novela.

El medio y el fin pueden hacerse regular ó malamente: el principio es indispensable que sea bueno porque de lo contrario, el lector que sabe aquello de

que « *quien mal empieza, peor acaba* » arroja el libro cien leguas de sí y manda á su autor á paseo. De aquí resulta, que nada nos divierte tanto como examinar los principios de las obras, porque en ellos se advierte los esfuerzos de los autores por complacernos, y los distintos medios que para alcanzarlo han parecido á cada cual mas idóneos.

Unos empiezan lanzando bravatas contra los críticos, asegurándonos que nada les importa el fallo del público y que escriben únicamente para solaz y entretenimiento suyo. Estos suelen exclamar de este ó parecido modo.

Salga mi voz, y cual fogosa bomba que horrida estalla y el espacio hiende, allá en las nubes con furor ribomba y luego baja, y cuanto toca enciende; así llegue á sonar ante la Europa y se coma á los críticos por sopa.

El que así empieza hablando de bombas merecía ser bombeado.

Otros se fingen mansos corderos, y estos son los peores, segun nos lo enseña aquel antiguo adágio de « Dios nos libre del agua mansa. »

« Y ¿ como podré yo débil gusano sin chispa, ni talento, ni memoria, Subir hasta la cumbre de la gloria Si el lector no me dá su amiga mano? »

Así suelen exclamar, y apenas el lector les dá su mano amiga, se toman el pié y se suben á la parra.

Mas no solo en las obras literarias es amargo y penoso el principio. ¡ Qué apuros no pasamos al querer dar comienzo á una declaracion amorosa ya verbal, ya escrita! En el primer caso necesitamos ir preparando el terreno por medio de un monótono é insustancial exordio; en el segundo empezamos un millon de epístolas y ninguna nos parece asequible.

Existe otro principio terrible que es el de pedir dinero y otro mas terrible aun que es el de darlo.

Respecto al primero, es decir, cuando vamos á pedirlo, el sentido comun y los médicos aconsejan que se haga con todo el tacto y discrecion de que uno sea capaz. Si á cualquiera persona se le dijese de buenas á primeras—Sr. Fulano, deme V. media onza, podríamos causarle una apoplejía y aun quizá la muerte. Por eso los prácticos en esta materia principian por hablar al sujeto, cuyo bolsillo irán á poner sitio sobre la inconstancia y veleidad de la fortuna, sobre los rasgos de generosidad porque se han señalado ciertos hombres grandes, y por último sobre el desprecio de las riquezas que tanto nos recomienda el evangelio: hechos estos preámbulos se dá el golpe de estado, ó mejor, golpe de bolsillo.

Para concluir, referiremos á nuestros lectores el modo singular que un estudiante tuvo de pedir á su padre dinero en una lacónica epístola cuyo tenor ó tiple era el siguiente: « Querido padre: me pregunta V. en la suya si estoy bueno y le respondo que no.

Envíeme V. dinero, porque mi salud no es perfecta. »

Leyó el padre la carta y figurándose que si su hi-

jo se encontraba enfermo, necesitaría dinero para medicinas le remitió una letra de mil reales.

A correo seguido contestó el estudiante; « Querido padre: los mil reales que me remitisteis me han devuelto la vida. No he permanecido en cama como V. creyó: ni mi enfermedad ha sido de las que los médicos curan; si embargo vos sabeis que salud y pesetas forman salud completa: no teniendo yo aquellas, mal podía gozar de buena salud.

V. Martinez Muller.

EMILIO.

(Continuacion.)

XII.

Los jóvenes que quedaron en el Liceo salieron á las ocho de la mañana para dirigirse á la Catedral, sin otra idea que ver á las *muchachas* que asisten á misa.

Entraron en el templo como si entraran en el teatro.

Pálidos, desgredados y tambaleándose vagaban de una en otra capilla. Distraen con sus cínicas conversaciones y con sus risas á aquellas jóvenes virtuosas que tranquilas en sus casas, habian huido de los placeres del baile y buscaban la calma y la felicidad en la virtud y en la adhesion á los autores de sus dias.

Concluyó la misa y los engreidos jóvenes se colocaron en la puerta formando un estrecho callejón para contemplar de cerca los semblantes de las doncellas y dar á luz las mejores lisonjas que guardan en su repertorio; esto es lo único de que se proveen esos claros hijos de la patria. Así que han visto desaparecer á todas las hermosas, se quedan con una cara de satisfacción como si hubiesen llevado á cabo una gloriosa empresa.

Sigámosles la pista. Despues de la misa todas las señoras van á pasearse á la plaza de la Constitucion, pues es la hora de mercado y una numerosa concurrencia presta animacion á un sitio siempre solitario. Como los niños van á bandadas detrás del italiano que toca el organillo, así las turbas de elegantes van detrás de las mujeres.

Cuantas ideas nos ofrece el espectáculo que presenta la plaza! Allí pobres labriegos espenden casi de valde lo que tanto trabajo les ha costado hacer criar á la tierra. Allí pobres pescadores ofrecen al público lo que á costa de su sueño y espuestos á la muerte han sacado de las entrañas del mar.

Estos hombres trabajando dia y noche y sufriendo mil penalidades y fatigas, apenas pueden saciar el hambre, destinados á luchar con la mas triste miseria; y sin embargo, á estos hombres que no tienen mas placeres que su trabajo y su familia, no los consideran dignos de los bienes que Dios concedió á la especie humana, pues á cada paso se oye decir que todavía no puede concederse al hombre el ejercicio de sus

derechos, porque el pueblo no está ilustrado.

Las personas egoístas que tienen un vivo interés en perpetuar las rancias instituciones, achacan al sencillo pueblo lo que solo puede caber en corazones endurecidos por la ambición del oro.

XIII.

Trascurrieron días y meses y la infeliz Eugenia no había vuelto á ver al hombre que tanto adoraba, á pesar de la punible conducta que había observado con ella. Día y noche pasaba llorando las dulces sensaciones que habían desaparecido de su corazón. ¡Inocente!... aun ignoraba los pesares que el destino la reservaba.

Emilio, como quiera que no se le presentaban ocasiones favorables para saciar su sed criminal de placeres, no había hecho insistencia por ver á Eugenia y ya se distraía con otras inocentes, con otros ángeles de los que tan escasamente concede Dios á la humanidad.

Una tarde apacible de primavera como lo son generalmente en la hermosa costa del Mediterráneo, encontró Antonio, el joven que ya conocen nuestros lectores por sus sanos y bellos sentimientos, á su antiguo amigo el seductor Emilio. Aunque hacía tiempo que no se hablaban, á causa del disgusto que entibió la amistad que los unía, Antonio se aproximó á saludar á su amigo y le invitó á pasear por la vega.

Dudó Emilio algunos instantes, pero por fin contestó de esta manera:

—No me gusta mucho el campo... y además... como dejarme los paseos donde concurren las hermosas... pero, porque no digas que no tengo gusto en acompañarte, ó porque no creas que intento evadirme, por no escuchar lo que me figuro quieres decirme, iré en tu compañía donde gustes y por el tiempo que tengas á bien.

—No quiero, dijo Antonio, alterar en nada tus planes... siento molestarte... y así... te agradecería que lo dejásemos para otra tarde, para cuando no tuvieses nada que hacer.

—No me molesto: sabes que lo que hoy pudiera hacer, también mañana pudiera.

—Siendo así, cuando te parezca podemos dirigirnos al sitio que mas te agrade.

—Por donde me propusiste; vamos por la vega.

Anduvieron como unos diez minutos sin hablar nada sustancial, hasta que ya en el solitario arrabal de la puerta del Sol, Antonio se preparaba á dirigir la palabra á su compañero.

—No estrañes, dijo algo afectado, que cuando á los tres meses te dirijo la palabra, lo haga molestándote y violentando tu espíritu.

Una sonrisa imperceptible y desdeñosa se apareció en los labios de Emilio y con leve movimiento de cabeza quiso manifestarse que inútil sería cuanto su amigo emplease por conducirlo á la senda de la buena conducta.

—Un vivo interés, continuó, he tenido siempre por

tus asuntos ya sea por nuestra antigua amistad, ó ya por cualquiera otra causa, que no interesa averiguar en este momento; ahora, en nombre de ese interés, voy á hablarte algunos minutos, en la confianza de que lo que pienso decirte, es el bien, es lo que te conviene. Ya, pues, comprenderás cual es el objeto de esta entrevista, por consiguiente no trato de andar con rodeos para espresarme: se trata de tus locuras con respecto á los amores. Muchos creen, y tú uno de ellos, que una de las travesuras de menos consecuencias es la de conquistar niñas y abandonarlas luego con sus pesares. Esto es erróneo, y si te detuvieras á meditar con calma filosófica los disgustos que vienen en pos de tus fugaces placeres, muy en breve serías de mi opinión en esta materia. No soy tan rigorista que culpe terriblemente á esos jóvenes de imaginación acalorada y de corazón de fuego que la pasión les arrastra hasta buscar su misma muerte; no los culpo, porque estos luchan con sus pasiones para contenerse en el buen camino, luchan y sufren bárbaramente hasta que ciegos se lanzan é impelidos por el ímpetu de la pasión; pero vuelven en sí, conocen el mal, y el agudo tormento del remordimiento les hace derramar abundantes lágrimas; procuran corregir su defecto é indemnizar el perjuicio que hayan con su ceguedad ocasionado. Estos merecen disculpa ó á lo menos indulgencia. No así los que solo ven en la mujer una máquina destinada por Dios para coadyuvar á los sensuales y pasajeros goces de los hombres, no... de ningún modo; porque eso es criminal y bárbaro. No merecen ni siquiera indulgencia los que sin amor, sin pasión, sin que el corazón les violento se entregan á la seducción guiados solamente por un orgullo que no tiene fundamento y que no ofrece mas resultados que la desgracia. Albagados con la idea de llamar la atención por vuestras conquistas, cerrais los ojos á la razón y no meditais que esa conducta solo puede ser celebrada por personas corrompidas y encenagadas en los vicios. Los jóvenes de nobles sentimientos y de mediana educación no pueden menos de censurar un proceder tan miserable y desviarse tenazmente de vuestra compañía. De igual modo las personas sensatas y experimentadas que conocen lo insustancial de esa clase de deleites, se indignan y os miran como serpientes nacidos para envenenar la sociedad. Convéncete que te grangeas el odio y la antipatía de todo el mundo, y solo consigues propagar el mal gastando tus ilusiones. Si por el contrario te colocases en el punto que te corresponde, cumpliendo con los deberes del hombre en sociedad, conseguirías el aprecio y la adhesión de la mayoría de los hombres, harías bien, que es nuestra misión sobre la tierra, y aun tu mismo te proporcionarías el bien y la felicidad. Un corazón sensible y humanitario no puede pensar, sin conmoverse, en la apurada y terrible situación á que has lanzado á un ángel inocente y puro que dá honor á la humanidad. Muy en breve la deshonra y la desesperación que desgarran el pecho de esa inocente niña, se comunicarán al corazón de sus padres y de toda su familia, y todos... todos serán desgraciados por un momento de dicha que has proporcionado á tus sentidos. Y no solo eso: una criatura ignorante de que debe la vida á un crimen, carecerá de los cuidados y caricias de una madre, le echarán en cara á cada paso su nacimiento y quien sabe, Emilio, si, en caso de nacer hembra, sufrirá la misma suerte que su desgraciada

madre. ¿No se conmueve tu corazón con la idea de que un hijo tuyo se vea espuesto á la miseria, al abandono y al sufrimiento? No te aterra el pensamiento de que algun día, un niño que bien educado pudiera darte honor, no tenga mas escuela ni mas carrera que el vicio? Tanto crimen como se presenta ante tu vista, ¿no te hace variar de rumbo y enmendar en lo posible el mal que ya has ocasionado? Si aun no se han gastado todas tus buenas inclinaciones, te ruego, amigo mio, que medites detenidamente sobre la situacion en que te encuentras y te fijas en lo que acabo de decirte; el afecto que siempre te he profesado es el que me induce á dar este paso, por que juzgo que mil disgustos nublarán tu frente cuando seco tu corazón y tu alma fría, consideres el mal que ya será imposible evitar, del todo imposible.

Esperó Antonio con notable impaciencia la contestacion de Emilio, cuyo cinismo y perversidad le hacian dudar que sus esfuerzos tuviesen un feliz resultado.

—Has concluido?—dijo Emilio alzando la cabeza, que habia llevado inclinada durante el razonamiento de su compañero.

—He concluido: ahora sigue la marcha que juzgues mas acertada.

—No creas que cierro yo las puertas á la razon; soy tan amante de ella como el primero; pero para convertirme necesito ver destruidos todos los argumentos que tengo en contra. En tu extenso sermón no he podido hallar una razon poderosa que me desvie de una conducta, que juzgas tan criminal; solo he oido las razones que dicta un corazón débil y afeminado. Consecuencia: me encuentro exactamente en el ser y estado en que por conviccion y conveniencia siempre ó casi siempre me he encontrado. Si aun conservas otras razones de mas fuerza....

Si un puñal hubieran hundido en el pecho del pundonoroso Antonio, no le hubiera dañado tanto como la fria contestacion de Emilio. Vió frustrados sus intentos, vió á su amigo embriagado completamente con el vicio, y conoció que era inevitable la desgracia de una familia entera; además, casi se habia Emilio burlado de las razones que habia empleado para persuadirle, razones que tan justas creia. Con la indignacion en que se ardia su pecho, que mas crecía con la sarcástica impasibilidad del que fué su mejor amigo, estuvo á punto de provocar un duelo y el mismo vengar á Eugenia y castigar tanta insolencia; pero su carácter prudente y reflexivo le hizo variar de intento. Su corazón le decia que la venganza es tan repugnante como el mismo delito, y que tal vez el tiempo cambiaria la punible conducta del seductor de la hermosa Eugenia.

—Si tu entendimiento, dijo Antonio, así que se hubo repuesto un poco, tiene alguna claridad, comprenderás cuanto te digo abandonándote sin dignarme siquiera contestarte.

—En tí no extraño ese modo de expresarse... y despreciando tus palabras cumplo contigo como debo.

Estas palabras ya no puedo oirlas Antonio. Habiéndose alejado ya algunos pasos se sumergió en una profunda meditacion que le hizo olvidarse hasta de sí mismo. Marchaba al acaso y en confusion vagaban por su mente estas ideas: «Yo he puesto de mi parte

cuanto á mis alcances ha estado; yo no tengo nada ya que echarme en cara; mi conciencia desde hoy estará tranquila. » Y esforzándose por aparentar serenidad se dirigió á casa de uno de sus amigos, joven tambien de sano corazón y buenas inclinaciones, en cuya compañía pasó parte de la noche hablando con la formalidad de los hombres de juicio sobre cuestiones filosóficas y sociales, procurando ambos alcanzar todo el provecho posible de las observaciones que mutuamente se hacian. Dedicado asiduamente al estudio, abrigaba en su corazón un deseo laudable: poder servir de algo en la sociedad. Sus deseos se trocarán en esperanzas, y sus esperanzas en realidades, por que un corazón firme y robusto por la educacion alcanza todo lo que está contenido dentro de los límites de lo posible.

Diego Vidal.

(Se continuará)

Á ENCARNACION.

Una misma es nuestra pena,
en vano el llanto contienen;
tú tambien, como yo, tienes
desgarrado el corazón.

ESPRONCEDA.

Deja, mi único amor, que el alma mia lance un suspiro de amargura al viento!

Deja que en mi tristesima agonía, evapore con llanto mi tormento!

Ya que en el mundo, en mi incansable anhelo, vago sin rumbo cierto, en triste afán, como una errante estrella vá en el Cielo, sin órbita, perdida en su girar,

No me abandones, que del alma mia eres la única paz, Encarnacion! ángel puro de luz y de poesia, no me abandones ¡ay! por compasion!...

Tú que sola en el mundo me comprendes y calmas con dulzura mis dolores; tú que mi mente, cariñosa, enciendes de pura inspiracion con los fulgores;

Tú que alejas las nubes tormentosas que en mi pálida frente el cierzo apiña; y arrancas las memorias dolorosas de los ensueños que forjé de niña;

Tú que apartas los áridos abrojos que intransitable hicieran mi camino; tú que alivias mi pena en mis enojos, ángel consolador de mi destino,

¡Ay! ven y con tu acento, disipa la agonía que envuelve mi existencia, cual fúnebre crespón; cual la bendita aurora, al anunciar el día, disipa las tinieblas que oprimen mi razon.

¡Ay! ven cándida virgen, y escucha mis pesares: te contaré mis cuitas, mi lento padecer! ¡qué, llena de amargura de borrascosos mares las olas cruzo, triste, temiendo perecer!

Llorando agonizante, me encuentro abandonada
en árido desierto, do no brota una flor!
por donde jiro errante buscando fatigada
donde ocultar mi frente del ardoroso Sol!

¡Ay! ven querida hermana reposaré á tu lado;
tu mística dulzura consuelo me dará;
y al recibir mi frente tu aliento perfumado,
la refrescante brisa de mi dolor será.

—Sí, ven; sobre tu seno reclinaré, cansada,
mi lánguida cabeza bañada en el dolor;
cual se reclina triste, al pié de la enramada,
para cantar sus cuitas, el triste ruisenior!...

—¡Así!... ya, á tu contacto, se calma mi tormento
yo escucho, aquí, en tu pecho tu corazón latir!
feliz, hermana mía, feliz, este momento
mi corazón doliente, no escala su gemir.

Una sonrisa de tus labios rojos
que calme mi agonía,
una sonrisa! mas... ¿porqué en tus ojos
tristes lágrimas miro?

por qué tu corazón lanza un suspiro?
por qué, si tu tristura me atormenta
lloras desconsolada?

¿qué tienes!... ¡por piedad, hermana mía,
no aumentes con tu llanto mi agonía!!!

Mas ¡ay de mí! tu corazón y el mío
lloran la misma pena ¡igual tormento!
¡dó nuestra madre está! donde se halla
que á sus hijas no acude cariñosa
á sostener las fibras
del corazón que estalla!!

Juntas lloremos nuestra misma pena:
cual dos aves perdidas,
que, del desierto, en la abrasante arena,
tristes lloran heridas!!!...

Perdona, hermana mía, si en el dolor que siento,
por un instante olvido que igual es tu dolor;
que igual es nuestra pena, é igual el sufrimiento
que envuelve nuestras almas, con bárbaro furor!

Reunidas ¡ay! lloremos nuestro dolor profundo
y encontrará un consuelo mi triste corazón;
que tú eres el arcángel que Dios puso en el mundo
para calmar mis males, mis horas de aflicción!

Aurora de Cánovas.

Suspiros de Amor.

1.º

*Sepulta en ti lo que sientes,
sufre y calla, corazón,
porque el destino me ordena
ocultar siempre mi amor.*

—«Aquella muger ó ángel,
cual celeste aparición,
mis sentidos asombraba,
mi alma entera conmovió.
Por ella sus impresiones
sentía mi corazón;
en ella mi pensamiento,
solo en ella se fijó.
Y hasta en el sueño mi mente
embargada en su ilusión,
á ese tesoro del mundo,
hermosa mil veces vió.
Y jurando á mi conciencia
profesarle eterno amor,
una lágrima de fuego
mis mejillas abrasó.
Sí, lloré.... que el sentimiento
callar debe el corazón,
porque el destino me ordena
ocultar siempre mi amor:»

«Solo tú mis amarguras
podrás saber, corazón;
tú solo llora conmigo,
solo sintamos los dos.
Y este ansia que me atormenta,
y este insufrible dolor,
la muger á quien yo adoro,
que nunca lo sepa, nó;
Por que ella es un ángel puro
cual los que reinan con Dios;
un ángel que de mirarle
dignos mis ojos no son;
Porque ella es un alma tierna,
un tesoro de pudor,
de sencillez y hermosura
que no me merezco yo.
Llora y oculta conmigo
lo que sientes, corazón,
y no des nunca á mis ojos
una lágrima de amor.
No des nunca á mi semblante
la palidez, ni aflicción,
que nunca conozca, nunca,
cuanto le adoro, mi amor.
Y triste melancolía
no des á mis ojos, no,
ni des tristeza á mi acento
que denuncie mi dolor.
En silencio lloraremos
nuestros pesares tú y yo,
que nuestro triste misterio
descubra tan solo Dios.
Y aunque tú en mi pecho sufras
y suspires, corazón,
en presencia de los hombres
la risa mostraré yo.
En la soledad tranquila
gozaremos ay! los dos,
soñando en el ángel que amo,
mi ardiente imaginación.
Y allí te diré mis ansias,
donde ella no lo oiga, nó;

*porque el destino me ordena
ocultar siempre mi amor.»*

«Yo te pintaré tan bello
ese ángel de mi pasión
como es en sí, pues le tengo
grabado en mi mente yo.
Escucha; son sus miradas
un tesoro de candor;
de ternura y de pureza
y de vivaz espresión.
Y sus ojos han robado
al azul cielo el color;
y como el cielo en la noche
del Estío, puros son.
Ojos ay! que se embellecen
con el adorno mejor,
con las cejas mas hermosas
que en mujer ha puesto Dios.
Voluptuosas, delgadas
y rubias sus cejas son,
que resaltan en su frente
blanca y pura como el Sol.
Frente espaciosa, y brillante
como es el primer albor
de la aurora cuando nace
tendida entre su arrebol.
Y como aureola divina,
de su frente adorno son
cabellos rubios, tan tersos
como nunca he visto yo.
Y es cual claro sonrosado
de su semblante el color;
sus mejillas de la rosa
anhelo y envidia son.
Y son sus labios tan vivos
como el mas vivo arrebol:
delgados, finos y bellos
como no hay en la creacion.
Y es su nariz tan preciosa...
no puedo pintarla yo:
hasta sus mismos defectos
aumentan mas su primor.
Y es su garganta de nieve;
y tienen tal perfeccion
sus contornos, que copiarlos
no podrá el mejor pintor.
Ay! cuan te amo, Reina mía,
Reina de mi corazón!...
*Porqué, destino, me ordenas
ocultar siempre mi amor?»*

«Y si así naturaleza
tan hermosa la formó,
mas hermoso y mas perfecto
la dió el espíritu Dios.
Tiene un alma tan sencilla
y refleja tal pudor
cual la virgen que en el cielo
sueña la imaginación.
Un alma casta, inocente
cual la sonrisa de amor

que un niño á su madre enviara
cuando sus besos sintió.

Un alma tierna y sensible,
todo en ella corazón,
alma delicada y pura
que para sentir nació.
Alma vehemente que eleva
su viva imaginación;
alma cual la del poeta,
manantial puro de amor.
Alma de un ángel que mora
en la celeste mansión,
digna tan solo del cielo,
tan solo digna de Dios.

Yo la vi cuando mi pecho
marchito como una flor,
negaba hasta el sentimiento
mas puro del corazón.

Yo la vi cuando mi alma
desgarraba un cruel dolor,
y triste y amarga duda
me devoraba feroz.

Y al recibir sus miradas
rebotantes de pudor,
y al escuchar el acento
armonioso de su voz,
renacer sentí en mi pecho
el fuego santo de amor,
y otra vez sentí el latido
de mi yerto corazón.

Y un nuevo aliento mi vida
en su amargura sintió
que á mis pálidas mejillas
tornaba el vivo color.

Y cuando estrechar su mano
la amistad me concedió
respiraba el pecho mío
en dulce y grata expansión.
Mas ay!... ojalá que nunca,
que nunca la viera, no,
y el amargo descreimiento
me consumiera feroz!...

Porque otro pesar consume
mi existencia con furor,
otro pesar mas terrible
que destroza el corazón.
El ver á ese ángel y amarlo
con el mas vehemente amor,
con la pureza que se ama
á nuestra madre ó á Dios
sin poder decir el labio
lo que siente el corazón,
es caminar á la muerte
por senda de cruel dolor.

Mas sufriremos... no importa!..
quien sufre desque nació
creer debe ya que en el mundo
el sufrir es su misión.

*Y pues que el destino ordena
ocultar siempre el amor,
sepulta en ti lo que sientes,
sufrir y calla, corazón!...*

Esto un joven melancólico
y de pálida color,
murmuraba tristemente
y reflejando en su voz
la honda pena que sentía
y su horrible agitacion.
Y siempre ya le escuchaba
murmurar en su dolor:
«Sepulta en ti lo que sientes,
sufre y calla, corazón;
porque el destino me ordena
ocultar siempre mi amor.»

Diego Vidal.

A Encarnacion.

Débil barquilla va desplengando
sus blancas alas que acariciando
el grato céfiro
risueño va:
en ella miro triste, hechicera,
á mi adorada: yo en la ribera
amargas lágrimas
siento brotar.

Sobre la inmensa, clara laguna
que blanca argenta plácida luna,
cual leve ráfaga
piérdese allí.
¡Cuan bella gime!... ¡ay! mi esperanza
allá se aleja por lontananza
sobre ondas fúlgidas
de oro y zafir....

¿Por qué la suerte, muger querida,
hoy que cruzaba dulce mi vida
entre tu plácido
fuego de amor,
me roba airada tu imagen pura
dejando al alma tanta amargura,
y horribles vértigos
al corazón?...

Hoy ya tan solo hallo en el mundo
eterna noche, caos profundo,
abismo lóbrego,
rugiente mar...
Ella era el ángel de mi alegría,
su voz, del aura grata armonía,

de brisas mágicas
dulce sonar.

Sus ojos eran luz de la aurora
cuando en Oriente al mundo dora
con rayos vívidos
de albo color..
Crucean las ondas del mar bullente
la voz de un alma triste y doliente
y oye sus lánguidos
ayes de amor.

Sebastian Lopez y Muñoz.

A la Señorita Doña N. C.

Una noche te hablé... jamás olvido
De tu hechicera faz la palidez;
Te confesé mi amor y tú á mi oído
Murmuraste un; tal vez.

Te dije los secretos de mi alma
Pidiéndote calmas mi inquietud,
Y esclamaste riyéndote: la calma
«Está en el ataúd.»

Fijaste en mí tus ojos... esos ojos
Lánguidos, que se aduermen al mirar,
Y dijiste aumentando mis enojos:
«Eso es soñar... soñar.»

Seré el adorador de tu hermosura
Aunque solo desdenes he de oír;
Y tú me llorarás, dulce criatura,
Si dejo de existir.

Bajo el ciprés que agita mansamente
Al caer la tarde el viento gemidor,
Quizá murmures con afán doliente
«Era verdad su amor!»

Juan A. Gutierrez de Tovar

Director y Editor responsable,

Juan A. Gutierrez de Tovar.

ALMERIA.

IMPRENTA DE D. MARIANO ALVAREZ.